

Dewey, las prácticas y el pragmatismo

José María Filgueiras Nodar

Después de *La crítica pragmatista de la cultura*, una de las contadas introducciones en español al pensamiento de Dewey, José Miguel Esteban hace ahora intervenir a este autor en diversos debates contemporáneos, en el contexto del «giro hacia las prácticas» de la filosofía actual. Dicho giro, y su relación con el Pragmatismo —una corriente que, al menos en su vertiente «clásica», puede entenderse como una reflexión sobre el significado de la práctica, las prácticas y lo práctico— son tratados con bastante detalle en la «Introducción». La intención de Esteban en esta parte es, como afirma, reactualizar los aportes de Dewey, mostrando su vigencia para el debate que sobre las prácticas se está desarrollando hoy día, en el cual están involucrados autores como Turner, Laudan o Rouse. Entre las aportaciones que señala, quisiera llamar la atención únicamente sobre una de ellas: la concepción inferencialista de las prácticas que se desprende del pensamiento de Dewey, cuyo origen puede analizarse desde la disolución de ciertas «costras de convención» que lastraron a la filosofía durante veinticinco siglos.

En efecto, nada nuevo resulta decir que el instrumentalismo deweyano cuestiona, por ejemplo, la distinción entre teoría y práctica tan característica de la «teoría del conocimiento del espectador». Según Dewey, el conocimiento es un proceso de naturaleza práctica: lejos de limitarse a la mera contemplación o copia de una realidad preexistente, el conocimiento *produce* nuevas situaciones, pues conocer no es desde

esta perspectiva sino anticipar consecuencias futuras. Al mismo tiempo, el objeto del conocimiento también es de naturaleza práctica: la realidad depende de nuestras prácticas epistémicas, pues el conocimiento modifica el mundo, lo mejora (y aquí habría siquiera que mencionar como antecedente el meliorismo de James), en el sentido de que trata de resolver problemas que se le presentan a los organismos, haciendo que el mundo se adapte a los requerimientos de éstos. La casi ignorada doctrina del «carácter práctico de la realidad» y la ontología transformacional que Dewey llegó a identificar con el Pragmatismo, sólo asustan a quienes siguen presos de las viejas dicotomías griegas (hecho/valor, realidad/apariencia). Sólo a ellos les resulta chocante admitir que el objeto de nuestro conocimiento es «una realidad de usos-y-no-usos», como afirma Dewey. En este punto, anticipando algunas críticas que podrían aparecer, Esteban advierte que

no se debe leer a este autor como un idealista, ni mucho menos. Dewey no afirma que el conocimiento transforma *ex-nihilo* la realidad, ni siquiera que puede lograr cualquier transformación imaginable. Al contrario, debemos entender sus declaraciones en un sentido naturalista: la acción transformadora del conocimiento depende de numerosas condiciones previas, las cuales deben ser tomadas en cuenta en todo momento.

Esteban elige como ilustración de este característico naturalismo deweyano su estudio de las prácticas científicas. En concreto, se centra en una polémica afirmación de Dewey, como es que todos los enunciados científicos descriptivos hacen referencia a futuras consecuencias prácticas. Esta transformación de todos los juicios «categóricos» en «hipotéticos» resulta, sin duda, imposible de aceptar para quienes continúan con-



José Miguel Esteban Cloquell
Variaciones del pragmatismo en la filosofía contemporánea, Ediciones Mínimas, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Facultad de Humanidades, Cuernavaca, Morelos, 2006, 308 págs.

siderando a los hechos como inmutables. Sin embargo, es una conclusión natural para quien, como sucede con Dewey, considera que los hechos nunca son realmente «dados» [*given*] sino que son «tomados» [*taken*]. Los datos relevantes para una investigación tienen que ser activados en la misma, lo cual sucede cuando «son tomados como candidatos para las inferencias», siendo este empleo en la inferencia «lo característicamente práctico».

Posteriormente, Esteban repasa la caracterización de la inferencia hecha por Dewey, destacando elementos que en su opinión pueden considerarse como intuiciones anticipadoras del inferencialismo de Brandom, una de las doctrinas más en boga dentro de la filosofía del lenguaje actual. Así, menciona temas como las nuevas potencialidades que las cosas adquieren cuando se someten a la inferencia, o la independencia que los significados adquieren al integrarse en sistemas simbólicos, relacionada con la flexibilización del proceso de inferencia que se da después de la aparición del lenguaje. Basándose en esta «fisiología» deweyana de la inferencia, Esteban extrae también una serie de consecuencias para la filosofía de la ciencia, como son el carácter tecnológico de la ciencia (en la línea de lo afirmado por Hickman) o la disolución definitiva del viejo dualismo apariencia-realidad, que Dewey lleva a cabo mediante una diferenciación funcional entre las entidades ordinarias, propias de la «imagen manifiesta», y las que conforman la «imagen científica».

Tales consideraciones culminan en una caracterización de la teoría como «un modo de la práctica»; y no un modo cualquiera sino, por paradójico que ello suene, el más práctico de todos. Esta posición destacada se debe principalmente a la generalidad de sus objetos, que los hace disponibles de un modo casi universal para la inferencia, así como al distanciamiento que la teoría promueve con respecto a la perspectiva cotidiana, el cual proporciona la base para el enriquecimiento de

las prácticas existentes y la creación de nuevas prácticas. Esta lectura que Esteban hace de Dewey puede verse como un antídoto contra algunas críticas lanzadas contra el Pragmatismo, en especial contra quienes afirman que éste trata de rebajar el *status* de los temas que estudia. En el caso de la ciencia, por ejemplo, debería dejar claro que abordar esta actividad desde una perspectiva pragmatista no significa ni pretender eliminar sus pretensiones de generalidad —o incluso de neutralidad axiológica— ni tampoco querer convertirla en «una práctica más», sujeta a factores puramente personales. La aspiración de Dewey, muy al contrario, es que *todas* nuestras prácticas se lleven a cabo de un modo tan inteligente como esa práctica que es la ciencia. Pensemos en un ámbito tan polémico como la moral: podremos estar de acuerdo o no con el «experimentalismo» deweyano en este terreno, pero su lado positivo es evidente, ya que posibilita la discusión moral en base a razones, y así nos aleja de los peores riesgos del emotivismo (véase el epílogo del libro). Recordándonos la existencia de estas posibilidades, Esteban puede alertarnos sobre lo erradas de ciertas críticas que se lanzan contra los pensadores pragmatistas.

Además de la relación entre el Pragmatismo deweyano y el giro contemporáneo hacia las prácticas, otro de los temas de fondo del libro es el naturalismo normativo que se expone en el capítulo quinto, verdadero corazón de la obra. «Las normas no son ganchos celestes, sino grúas que emergen del material de las prácticas humanas». Esta afirmación, basada en un símil de Daniel Dennett, resume la concepción naturalista y pragmatista de la normatividad que Esteban rescata en Dewey. Para ilustrar dicha concepción, Esteban señala varios modelos de naturalismo normativo, capaces de explicar la emergencia de la normatividad en diversas esferas, de la biología evolutiva a las bellas artes, todos los cuales sugieren una cuestión bastante sencilla, y que parece anticipar en gran medida a Kuhn, al

menos en cuanto a su enfoque general: «si para aprender sobre normatividad jurídica hemos de recurrir a las tradiciones de jurisprudencia, si para aprender sobre las normas estéticas es imprescindible acudir a la historia del arte (...) ¿no será igualmente imprescindible acudir a la historia de la ciencia para aprender algo sobre la normatividad científica?».

Cuando investigamos la historia de la ciencia, nos dice Dewey, vemos que las normas epistémicas no han sido impuestas *a priori* por una autoridad exterior, sino que se han desarrollado sobre la marcha. En el transcurso de la investigación, algunas orientaciones nos han dado buenos resultados, mientras que otras no. Éstas son desechadas o modificadas, mientras que aquéllas pasan a considerarse como guías para ulteriores investigaciones, adquiriendo así carácter normativo. Lo destacable aquí es que se trata de un proceso que se corrige a sí mismo, y que las críticas capaces de corregirlo son siempre de carácter inmanente. Quienes dicen que basar las normas en prácticas significa precisamente quitarles toda su fuerza normativa, deberían repasar la analogía deweyana con la aparición del lenguaje. Aunque el lenguaje hubiese surgido de forma azarosa, por una serie de eventos evolutivos totalmente casuales, y no en vista a unos fines determinados, las cosas nunca vuelven a estar igual después de su aparición, pues ésta genera una serie de exigencias nuevas que no pueden ser soslayadas. La aparición de cualquier institución humana (las artes, la religión, el derecho) tiene el mismo efecto. De este modo, ser evolucionistas coherentes nos llevaría a difuminar la distinción tradicional entre lo normativo y lo descriptivo. Estas consideraciones relativas al «colapso de la dicotomía hecho/valor», podrían considerarse quizá el principal legado de Darwin a la filosofía deweyana, como sugiere Esteban.

Además de los dos temas mencionados, me gustaría comentar brevemente un tercero. *Variaciones del pragmatismo* pue-

de verse como parte de la actual ola de estudios sobre el Pragmatismo iniciada tras la publicación en 1979 de *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Teniendo en cuenta esta influencia fundamental de Rorty sobre todo el Pragmatismo actual, me parece útil señalar algún lugar en el que Esteban se refiera a la obra de Rorty, o bien dice cosas que fácilmente se podrían poner en relación con la misma. Desde luego, debo aclarar que el espíritu del libro es marcadamente deweyano: quizá se le pudiera criticar, como él mismo hace con Susan Haack y Peirce, «que se aferra demasiado» a Dewey. Aunque es cierto también que Esteban, consciente de los numerosos elementos aprovechables de su obra, realiza una ponderada defensa de Rorty frente a las críticas de Haack (véase el cap. 3) y su visión un tanto miope del neopragmatismo rortiano. Lo que quiero decir es que tal vez el libro ganara algunos puntos extra prestando atención a autores que desatiende, especialmente a un «héroe» rortiano como Davidson, por no hablar ya de Peirce o James, relativamente abandonados o incluso maltratados. Pero vayamos ya con Rorty.

A este autor se le ha acusado de malentender el Pragmatismo, de distorsionar severamente las ideas de sus principales autores, exagerando el parecido consigo mismo. Al igual que Esteban, creo que estas acusaciones en general son justas y entiendo que el capítulo séptimo nos proporciona, de manera indirecta, un buen ejemplo para entender por qué lo son. Al leer a Rorty, uno saca la impresión de que el rasgo más característico del Pragmatismo es un antirrepresentacionalismo furibundo. Para Rorty, la noción de representación es «autoritaria», en el particular sentido que él da a este término, pues perpetúa una imagen según la cual los seres humanos seguimos rindiéndole pleitesía a algo no-humano, en este caso la realidad a la cual nuestras representaciones deben adecuarse. Más allá de señalar que el concepto rortiano de representación es poco menos que

una caricatura, quiero concentrarme en el hecho de que Esteban, utilizando la analogía del mapa, nos sugiere una teoría genuinamente pragmatista de la representación. La clave de la misma es que hay que tener en cuenta los fines de las representaciones, así como sus resultados, pues de otro modo podríamos caer en las conocidas paradojas que autores como Goodman o Putnam han señalado con acierto. Estas paradojas se evitan cuando tenemos en cuenta el carácter instrumental de las representaciones, ilustrado de un modo claro en el ejemplo de los mapas. Curiosamente, Rorty contrapone mapas y herramientas, como si un mapa no fuese, por encima de todo, una herramienta. Dewey, en cambio, tiene claro este carácter de los mapas, y trata de entender su elaboración como un proyecto situado. Además de muchos otros comentarios que se podrían hacer, el hecho de que un pragmatista como Dewey nos ofrezca elementos para hacer más verosímil el proyecto rortiano debería alertarnos acerca del carácter esencialmente abierto que todavía posee el neopragmatismo.

El contenido del libro, como es lógico, no se agota con los aspectos que he comentado aquí. Hay bastantes más cosas. Por poner un par de ejemplos: un homenaje bibliográfico a Quine que explora los nexos entre Pragmatismo y Empirismo existentes en su obra; o un análisis de la racionalidad ecológica y su concepto clave de *heurística* en busca de sus conexiones con Dewey. Sin embargo, con lo aquí tratado espero haber mostrado algo del interés que tiene este libro de Esteban, cuyo significado último podría relacionarse con ese famoso *dictum* de Larry Hickman acerca de «poner el pragmatismo a trabajar», aunque el autor, como él mismo reconoce, no sea demasiado afecto a los eslóganes.

 José María Filgueiras Nodar es licenciado en Filosofía
 (Universidad de Santiago)

Pierre Bourdieu: la sociología y yo

Justo Serna

Los intelectuales son un grupo humano paradójico: se crecen interiormente alimentando un yo que les aleja del resto; se rehacen con nutrientes culturales ajenos que ellos sintetizan con metabolismo erudito; interiorizan experiencias que para la mayoría de los mortales son datos puramente externos. Son un grupo paradójico porque lo que hacen como creadores o como académicos les distancia objetivamente de la masa y, sin embargo, esa misma cualidad o esa diferencia imantan, atraen, seducen.

Justamente por eso, sabiéndose escuchados, seguidos, aplaudidos, levantan su voz, pero no sólo de lo que saben, de aquello en lo que son competentes, sino también de otras cosas públicas que a muchos interesan y sobre las que ellos creen tener opinión o juicio. Intervienen en la prensa, se hacen presentes en los medios, denuncian, aprueban, condenan, celebran... y su imagen se impone más allá de su propia obra. Es raro poder escapar del envanecimiento que este proceso suele provocar, pues saberse conocidos y apreciados, saber que hay tantos que aguardan esa voz o dictamen, trastorna. Por esta circunstancia paradójica —un mundo interno cuyas emanaciones se esperan con unción y fervor—, muchos intelectuales maduran mal, padeciendo frecuentes trastornos narcisistas. Entre quienes están muy pagados de sí mismos, entre quienes sueñan con la posteridad,



Pierre Bourdieu
Autoanálisis de un sociólogo,
 Barcelona, Anagrama, 2006.
 Moreno, José Luis, y Vázquez,
 Francisco (eds.),
Pierre Bourdieu y la filosofía,
 Barcelona, Montesinos, 2006